

Entre Quevedo y Freud La función de los sueños en *iBienvenido, Míster Marshall!*¹

Hans-Jörg Neuschäfer

Resumen: Una de las grandes satisfacciones que dan buenos libros y buenas películas es que nos abren los ojos, hasta en tiempos inquisitoriales, para verdades alternativas, distintas de las versiones oficiales que nos quieren imponer los que tienen la sartén por el mango. En *iBienvenido, Míster Marshall!* construye Berlanga (junto con Bardem y Mihura) por un lado un relato principal irónico, pero inofensivo sobre la aparición de ‘los Americanos’ en la vida modesta y resignada de un pueblo llamado Villar del Río. Un relato que tuvo el beneplácito hasta del mismo ‘Caudillo’. Por otro lado, sin embargo, esconde, como un buen contrabandista que quiere esquivar la vigilancia de los censores, una carga de sarcasmo y de provocaciones heterodoxas en un episodio intercalado que, a primera vista, parece ser un ‘extra’ que no tiene que ver mucho con la acción principal. Me refiero a los sueños de cura, hidalgo, alcalde y labrador, que parecen, además, carecer de importancia. A estos sueños, cuya función se puede comparar con la de los episodios intercalados en el *Quijote*, los *Sueños* de Quevedo y la *Interpretación de los sueños* de Freud, se dedica el artículo que a continuación se lee.

Palabras clave: censura; heterodoxia; parodia; sueño; ilusión; desengaño; Plan Marshall; fascismo; historia principal; episodio intercalado

Abstract: One of the great satisfactions of good books and films is that they open our eyes, even in inquisitorial times, to alternative truths, different from the official versions that want to impose on us those who have the upper hand. In *iBienvenido, Míster Marshall!* Berlanga (together with Bardem and Mihura) constructs on the one hand an ironic but inoffensive main story about the appearance of ‘the Americans’ in the modest and resigned

¹ Conferencia inaugural de “Furia española. Nuevos acercamientos a la obra de Luis García Berlanga”, Seminario Internacional en Ratisbona (Instituto de Lenguas Románicas de la Universidad) y Múnich (Instituto Cervantes). Organizado conjuntamente por la Universidad de Ratisbona y la Filmoteca Española entre los días 19 y 21 de mayo de 2022.

life of a village called Villar del Río. A story that even received the approval of the 'Caudillo' himself. On the other side, however, it hides, like a good smuggler who wants to evade the vigilance of the censors, a lot of sarcasm and heterodox provocations in an intercalated episode which, at first sight, seems to be something additional that has little to do with the main action. I refer to the dreams of the priest, the nobleman, the mayor and the farmer, which seem, moreover, to be of no importance. It is to these dreams, whose function can be compared with that of the intercalated episodes in *Don Quijote*, Quevedo's *Sueños* and Freud's *Interpretation of Dreams*, that the following article is devoted.

Key words: censorship; heterodoxy; parody; dream; delusion; disillusionment; Marshall Plan; fascism; main story; intercalated episode

¡Bienvenido, Mister Marshall! fue la primera película española que vi, en octubre de 1955 siendo estudiante, en un cine de barrio de Madrid. A ella vuelvo ahora, después de 67 años, comenzando con un breve resumen de su estructura básica.

Al principio aparece Villar del Río como un lugar muy modesto y cerrado sobre sí mismo, como lo era todavía España entera en 1952. Pero Villar del Río parece también ser un pueblo auténtico, consciente de la estrechez de sus posibilidades y lejos de hacerse ilusiones sobre su futuro. Hasta que un día irrumpen el Delegado Nacional, 'camarada' falangista, en esta especie de idilio forzoso para anunciar la llegada de los americanos y con ellos la de una posible lluvia de dólares que permitiría mejorar las circunstancias de vida para todos, como ya había pasado con el famoso Plan Marshall en otros países que no eran España. Un empresario estafador llamado Manolo logra, en colaboración con una atractiva cantante andaluza, hacer de una pequeña esperanza una gran ilusión que llena de entusiasmo a toda la población, pero que al mismo tiempo la enajena de su autenticidad, al convertir a sus habitantes en comparsas de una tan grandiosa como costosa mamarrachada folclórica. Ésta culmina en un desfile multitudinario con el que se anticipa la llegada de los tan deseados americanos que, gracias al esfuerzo propagandístico de Manolo, terminan por convertirse, en el imaginario popular, en una especie de Reyes Magos.

Al final, sin embargo: desencanto general. Los americanos pasan sin parar y a gran velocidad por el pueblo; de los coches se ven solo los maleteros. Después de explotar la burbuja de la Gran Ilusión hay que volver a aceptar las modestas realidades de antes, hay que volver a trabajar y

hay, encima, que pagar entre todos el coste de la Gran Ilusión. Solo Manolo, el tramposo seductor, ha hecho su agosto.

Hay, pues, tres fases en la vida del pueblo: humildad realista al principio, ilusionismo engañoso en el medio, desengaño y vuelta a la humildad al final. Estas tres fases forman la estructura básica y casi barroca de una muy clásica comedia española. Estructura muy parecida, por cierto, a la del *Quijote*, donde vemos al principio a un modesto, pero por todos apreciado hidalgo que se deja seducir por la lectura de libros engañosos al asumir el papel ilusorio de un grandioso liberador, para terminar en el desengaño y aceptar que no es Don Quijote de la Mancha, sino sencillamente Alonso Quijano el Bueno, cuyo mérito más grande consiste en haberse hecho, durante el transcurso de la novela, amigo de un simple labrador llamado Sancho Panza. No para aquí el paralelismo con el Siglo de Oro. Ambas obras, la de Cervantes y la de Berlanga, aparecieron en una época controlada por una feroz censura que los obligaba a proceder con cautela y a respetar las exigencias de la ortodoxia reinante. La película cumple con este requisito adaptándose a la doctrina de austeridad del régimen franquista, que exigía defender la autarquía de España contra falsas promesas que venían de fuera. Gracias a este sometimiento, *Bienvenido* obtuvo la calificación de “apto para todos los públicos” y el beneplácito del mismísimo ‘Caudillo’, que, por más que nos pese, fue un entusiasta del cine.

Pero no todo es ortodoxia, ni en el *Quijote* ni en *Bienvenido*. En Cervantes hay, y no solo en la primera parte de la novela, episodios intercalados, narraciones que, a primera vista, nada tienen que ver con la acción principal. Parecen ser meras digresiones, y hay no pocas ediciones en las que se suprimen. También en *iBienvenido, Mr. Marshall!* hay un largo episodio intercalado que parece ser un extra del que se podría prescindir, sin estorbar con ello la comprensión de la acción principal. Me refiero a lo que quiero llamar “Los Sueños de Berlanga”, en alusión a *Los Sueños* de Quevedo. En mi libro *La ética del Quijote* (Neuschäfer 1999) espero haber demostrado que, precisamente en los episodios intercalados, se esconde y se camufla lo que se podría llamar los ‘heterodoxos’ de Cervantes. Heterodoxos que se refieren, por ejemplo, a la relación entre los sexos y a la tolerancia religiosa.

En lo que sigue me propongo a ofrecer una lectura ‘heterodoxa’ de los sueños intercalados en *iBienvenido, Mr Marshall!*, sueños en los que Berlanga, en colaboración con Juan Antonio Bardem y Miguel Mihura, ha metido toda la carga satírica, dubitativa y crítica que en la acción principal hubiera sido inadmisibles. Se atienen, pues, tanto Cervantes como Berlanga a la técnica del contrabandismo que expone bien a la vista la mercancía permitida y esconde en lugares no llamativos los objetos que, al ser descubiertos, costarían el castigo correspondiente. Cervantes esconde los suyos en novelitas a las que él mismo, expresamente, quita importancia; Berlanga los viste, como Quevedo, de sueños que, por ser considerados confusos, parecen no tener que ser tomados en serio. *Träume sind Schäume* –“los sueños son espuma”– dice el refranero popular alemán. Nosotros, sin embargo, advertidos por la *Traumdeutung (La interpretación de los sueños)* de Sigmund Freud, los vamos a tomar en serio.²

Los “sueños de Berlanga” duran nada menos que quince minutos y se encuentran hacia el final, más exactamente: justo antes del corto desenlace de una película que en su totalidad dura no más que 75 minutos. Es la secuencia más larga del filme y, con mucho, la más ambigua, abierta a interpretaciones bien variadas. Como se sabe, Freud concibe los sueños como una maniobra del subconsciente para reflejar deseos y temores que a la luz del día nos parecen inconfesables. Tres de los cuatro sueños de la película son claramente pesadillas: los del cura don Cosme, del hidalgo don Luis y del alcalde don Pablo, todos ellos notables de Villar del Río. Solo el sueño de Juan, el único proletario en el cuarteto, es un ensueño auténtico, una *fata morgana*, un *Wunschtraum*, una *ilusión*. Veámoslos más detenidamente.

El sueño del cura

El sueño, mejor dicho, la pesadilla del cura don Cosme mete al representante de la Iglesia desde un principio en la posición del acusado en un juicio final. Al comienzo vemos una especie de procesión de Semana Santa

² Sobre Freud, la censura y los sueños cfr. mi libro *Macht und Ohnmacht der Zensur*, de 1991, y su traducción española (Neuschäfer 1994).

con encapuchados y acompañamiento de música marcial. Hasta aquí: puro hispano-catolicismo. Lo que, sin embargo, llama la atención desde un principio es la cara asustada del cura. Pronto vemos el porqué, ya que los encapuchados, convertidos de repente en hombres del Ku Klux Klan americano, que a su vez se parecen a los encapuchados de la Inquisición española, lo llevan, *presto, presto* y muy contra su voluntad, ante un personaje que parece ser un juez o un fiscal. Este está sentado en lo alto de un cadalso desde donde dirige, en un murmullo ininteligible, sus acusaciones a un don Cosme que, muy abajo, agachado en una posición casi fetal, se desespera cada vez más. Al final de sus elucubraciones y con cara de muy malas migas pulsa el acusador una palanca que parece poner en marcha una guillotina cuya sombra se vislumbra en la pared. En la parte inferior del cadalso se lee claramente la inscripción: “Comité de actividades antiamericanas”, es decir, una alusión al tristemente famoso tribunal fascistoide del senador republicano “Joe” McCarthy que, en los años cincuenta, desencadenó una verdadera caza de brujas contra todos los que él consideraba ‘comunistas’. Al lado del fiscal entronizado en lo alto, se encuentra el banquillo de un jurado cuyos miembros dirigen, con los dedos gordos hacia abajo, cuatro veces la palabra “pecado” contra el acuclillado curita, mezclando así los gestos del ostracismo romano con los de una excomunión inquisitorial y católica, o sea, imponiendo un castigo realmente católico-romano.

Bien audibles son también, en la voz del propio cura, las severas críticas que este había opuesto, con anterioridad, y ya en la acción principal, al discurso que dio la maestra para instruir a la atónita población de Villar del Río sobre las gigantescas cifras de productividad estadounidense. “Pero también hay”, gritaba entonces el cura que ahora ha de oírse a sí mismo, “49 millones de protestantes, 10 millones de anabaptistas, 10 millones de cuáqueros, 1 millón de mormones, 400.000 indios, 200.000 chinos, 5 millones de judíos, 13 millones de negros y 10 millones de nada”: una enumeración que deja entrever claramente el desprecio que tiene el cura hacia otras razas y hacia otras religiones.

Al final del sueño vemos cómo baja lentamente una soga desde el margen superior de la imagen hasta el cuello del cura que permanece sentado en el margen inferior. La amenaza de una muerte inminente y humillante le asusta tan profundamente que se despierta aterrorizado, teniendo que

ser tranquilizado por la calmosa voz del narrador que, con su tono amablemente irónico, acompaña el desarrollo de toda la película como si de un documental etnológico se tratara.

El sueño del cura puede considerarse, pues, como una revuelta del subconsciente en la que se mezclan el antiamericanismo con el racismo y la intolerancia hacia todas las religiones que no sean la católica, y en la que se confunden los recuerdos de la Inquisición con los del Ku Klux Klan y los del neofascismo al estilo del senador McCarthy. Durante el sueño, en el que el subconsciente da rienda suelta a los pensamientos reprimidos, parece percatarse la mente del cura de los parecidos entre el neofascismo americano y las intolerancias del nacionalcatolicismo español. Hay que tener en cuenta, además, que ya muy al comienzo de la acción principal se alude involuntaria pero significativamente a esta cercanía. Es cuando el ridículo delegado general y su séquito le informan al alcalde de la inminente llegada de los americanos, a los que se les tilda de “estos excelentes camaradas”. Con este *lapsus linguae* puramente freudiano se convierten los amigos americanos, como quien dice, en viejos camaradas de la Falange, con la ironía adicional de que el mismo delegado y su grupito ya se han desprendido de la camisa azul para vestir traje oscuro con camisa blanca, o sea, el uniforme de la nueva élite de los negocios. Ya se anticipa aquí claramente a un *best seller* de 1976, titulado *De camisa vieja a chaqueta nueva*, escrito por Fernando Vizcaíno Casas. Ahora bien: lo que en la acción principal quedaba aún en el nivel de una ironía audaz, pero superficial, se convierte en el sueño, aunque mezclado con comicidad, en una duda mucho más existencial.

Hemos visto cómo ya tan solo el sueño del cura tiene un potencial de ambigüedades críticas y de dudas heterodoxas que jamás hubiera podido enunciarse en la acción principal. Sobre todo, la facilidad con la que se confunden el nacionalcatolicismo español y el neofascismo americano es lo que le da un susto de muerte a don Cosme; al mismo don Cosme que, en la presentación del personal de Villar del Río al principio del filme, parecía aún un personaje bien asentado, amable y seguro de sí mismo. Hay que tener en cuenta, además, que el fascismo nacional o clerical español ha tenido graves y nefastas consecuencias tanto para el origen como para el desarrollo y las consecuencias de la Guerra Civil española. Es esto un

contexto sumamente peligroso que, en 1952, no se podía exponer de ninguna manera a la luz del día, sino, en todo caso, enunciar, como lo hizo ya Quevedo con los tabúes de su época, en forma de un sueño confuso.

El sueño del hidalgo

Mucho más corto que el sueño del cura, pero no menos provocador, es el sueño del hidalgo don Luis. Su tema es nada menos que el colonialismo español, o sea, la conquista y el sometimiento del continente americano. Sometimiento que en la época en la que se gestaba el filme se seguía considerando, en el relato del Franquismo, un logro humanitario. No en balde permanece colgado en la pared de la escuela un mapa de España con las fronteras del Imperio austrohúngaro.

Pues bien: en el sueño vemos a don Luis, despedido por un séquito de ilustres admiradores, subir a una carabela en la que le acompañan dos frailes. Con fiero ademán y sobre las ondas de cartón de ópera wagneriana cruza el Atlántico. Al llegar al nuevo continente, sale con expresión auto-complaciente para, en primer lugar, plantar, ya en la playa, las insignias del Imperio. Luego recibe con gesto de grandilocuente benevolencia a los indígenas que acuden, ya con cara socarrona, a recibirle y a invitarle a ir con ellos. Pero, ¿qué es lo que hacen al llegar a su pueblo? Con alevosía se adueñan del cuerpo del hidalgo, del cuerpo del hombre que ha llegado con tan buena fe, para lanzarlo sin miramientos a una gigantesca olla con agua hirviendo, actuando como los antropófagos “que ya se sabe”. Lo último que vemos de don Luis, antes de despertarse, es el dedo con el que prueba asustado la ya muy crecida temperatura del agua. Resumen sarcástico de este sueño, menos ambiguo y más abiertamente satírico que el primero: las víctimas de la conquista no son los indígenas, que son unos salvajes, sino los biempensantes y cultivados conquistadores españoles.

El sueño del alcalde

El sueño más extenso es el del alcalde don Pablo, un sueño que al mismo tiempo es una divertida parodia del género de los wéstern. El alcalde sale

vestido de *sheriff* y embelesado con la atractiva cantante. El café del pueblo se ha convertido en *saloon*. Manolo es el malo de la película, como ya lo indica su foto en la orden de búsqueda y captura (*Wanted*) que está bien a la vista. El punto culminante es el cómico duelo entre el *sheriff* y su peligroso contrincante, esa lucha entre la ley y el desorden que está claramente inspirada por el famoso wéstern *Solo ante el peligro* (también de 1952) de Fred Zinnemann, con Gary Cooper en el papel estelar.

Pero también aquí se esconde, tras la fachada paródica, un sentido más profundo. En el fondo, la confrontación entre el *sheriff* y el malhechor no es más que la consecuencia de un disenso que ya se había anunciado en la acción principal, y precisamente en la famosa escena del balcón, en la que el alcalde intenta repetidas veces, pero en vano, dirigir la palabra a los lugareños con su famosa frase “y como alcalde vuestro que soy, os debo una explicación”, siendo esto, a su vez, una parodia de los discursos de Franco dirigidos desde el balcón del Palacio Real al pueblo madrileño reunido en la Plaza de Oriente. En la escena de *Bienvenido*, sin embargo, los intentos del alcalde de hablar a los lugareños de Villar del Río son continuamente frustrados por Manolo, que comienza por empujar al mandatario a un lado del balcón y termina por hacerse él mismo, ocupando el centro, dueño de la palabra. Una vez instalado como tribuno del pueblo, Manolo logra seducir a las masas, con la promesa de una fabulosa ganancia, a aceptar su enajenación en esa gigantesca mamarrachada folklórica que ocupa todo el centro del filme.

Volviendo ahora al sueño del alcalde, da la impresión de que este quiera, por fin, oponerse en serio y con toda su valentía a un personaje por el que se ha dejado envolver, pero del que, en su subconsciente, sabe perfectamente que es el enemigo del orden que un alcalde, si es que quiere ser un alcalde de los buenos, debería hacer respetar. Pero lo que se pone de manifiesto a continuación no es precisamente la valentía, sino la cobardía del alcalde que, al acercarse más y más a su contrincante, con la mano en el revolver, comienza a temblar de miedo y termina optando por esquivar el encuentro. Y como lo mismo le pasa al no menos cobarde Manolo, el tiroteo mortal no tiene lugar y el conflicto queda sin solucionar. Las consecuencias de no haber intervenido el alcalde se ven claramente al final del sueño, donde reina el caos total entre una ciudadanía completamente desenfrenada y dada a las botellas de *whisky* y a la acumulación de más y

más dinero mediante apuestas y juegos de azar. Al final vemos una confrontación multitudinaria, con un tiroteo indiscriminado de todos contra todos. Es este final anárquico, resultado de su no intervención por falta de valentía, lo que por fin despierta al alcalde, cogido, en vez de a la pierna de la cantante, a la silla de su despacho.³

El sueño de Juan

El último sueño, el del sencillo labrador Juan, se desmarca, como ya he dicho, significativamente de los anteriores. Juan sueña con poder liberarse de un trabajo agotador, es decir, tiene el típico sueño del proletario. Por una vez, la película deja entrever aquí incluso una heterodoxia 'socialista'. Los otros sueños eran sueños de notables que, desde luego, tampoco son ricos, pero que gozan, sin mucho trabajo, de un modesto y seguro bienestar. Juan, en cambio, es el que tiene que trabajar duramente para asegurar el precario día a día de su familia. Sueña con un avión de transporte americano, cuya tripulación lleva, en vez de uniformes, la indumentaria de los Reyes Magos. Colgado de un gigantesco paracaídas, dejan caer un flamante tractor justo por encima del campo en el que Juan trabaja. Mientras este corre con cara de felicidad hacia la máquina, le despierta la emoción. Pero el suyo es también un despertar distinto. Mientras que, tras los sueños de los notables, era el despertar un alivio, en el caso de Juan lleva consigo un triste desengaño. Lo vemos de nuevo inclinado sobre su primitivo arado, y esta imagen abre, al mismo tiempo, la perspectiva sobre el desengaño final de *todos* los habitantes de Villar del Río que, a su vez, despiertan de un sueño dorado que se ha esfumado. Todos, tras ver el paso de los vehículos americanos y el rápido adiós del especulador Manolo, se ven aún más empobrecidos que antes, ya que les toca pagar, entre todos,

³ Aquí veo una clara reminiscencia de otro filme americano de la época en el que se tematiza la degradación de una comunidad que se entrega incondicionalmente a la acumulación de dinero. Me refiero a la famosa película *Qué bello es vivir* de Frank Capra, protagonizada por James Stewart y ubicada en un ficticio Villar del Río americano llamado Bedford Falls. Supongo que esta película, producida ya en 1946, llegó con retraso a España, ya que el Régimen de Franco no se abrió hasta los años 50 a las naciones que habían contribuido a derrotar el nazismo alemán.

las deudas que se han acumulado al comprar los requisitos de la Gran Ilusión: la ilusión del dinero fácil.

Hay que advertir también que Juan es el único héroe positivo de la película, casi un héroe del trabajo al estilo del ‘realismo soviético’. Los notables, por el contrario, son, a la luz de sus sueños, tan solo caricaturas de lo que quieren representar: el cura, de la fiabilidad de la Iglesia; el hidalgo, del prestigio colonizador, y el alcalde, de la integridad de un alcalde de Zalamea.

Resumiendo: los sueños de Berlanga son, un poco al estilo de los de Quevedo, lo que convierte en sátira amarga el risueño conformismo de la acción principal.

Bibliografía

Neuschäfer, Hans-Jörg (1999). *La ética del Quijote. Función de las novelas intercaladas*. Madrid: Gredos, 1999.

Neuschäfer, Hans-Jörg (1994). *Adiós a la España Eterna. Novela, teatro y cine bajo el Franquismo*. Barcelona: Anthropos, 1994.

Sobre el autor: Hans-Jörg Neuschäfer (*1933) es catedrático emérito de filología románica en la Universidad del Sarre y miembro correspondiente de la Real Academia Española. Vive en Berlín.